

armoniosa manera, los bustos de Platon ceñidos de verdes laureles é iluminados por misteriosas lámparas; y en torno de aquellos simulacros de la ciencia, las legiones de filósofos departiendo sobre la existencia de Dios y sus pruebas, sobre la inmortalidad del alma y sus destinos, sobre la naturaleza del pensamiento y sus orígenes, sobre la universalidad de las cosas y sobre la universalidad de las ideas; sobre lo infinito de que venimos á la vida y lo infinito que encontraremos despues de la muerte; cosas todas dichas entre cadencias de arpas y de coros, que reproducian en notas los conciertos de las estrellas y revelaban en palabras los arquetipos de la Eternidad. ¿Qué fué todo aquello, sino una satisfaccion buscada por almas sedientas de lo ideal en religiones que á la verdad no eran, no, la religion consagrada é histórica? ¿Qué eran sino sectas dadas á buscar la verdad, el bien, la hermosura fuera y léjos de la Iglesia?

Y lo que decimos de Florencia, lo decimos con mayor razon aun de Venecia, la gran ciudad reveladora del moderno helenismo en Europa. El mar adriático es como el principio de los mares griegos; las costas de Albania llenas de ciudades venetas, comunican y confunden la cultura italiana con la cultura helénica; desde los archipiélagos griegos á las arenas del Lido y á las isletas de San Marcos extiéndose una estela de luminosos recuerdos disueltos como el fósforo en las celestes aguas. Los venecianos trabajaron desde fines del siglo décimotercio por una reconciliacion estrecha entre la Iglesia metafísica de Oriente y la Iglesia canónica de Occidente. Los padres citados á los concilios de conciliacion deteníanse á contemplar los mosaicos y los mármoles de la ciudad marítima y á esparcir las ideas metafísicas de la Trinidad y del Verbo. Cada biblioteca de patricio era un tesoro de manuscritos y cada imprenta nueva un pedestal puesto en la admiracion del mundo á la Grecia antigua. Los Aldo Manucios no pasaban de impresores, y no pasando de impresores, hállanse colocados en la gloriosa estirpe de las mas altas ilustraciones por su empeño en publicar los libros helénicos. Cuando cayó Constantinopla bajo los turcos, Venecia recogió los últimos efluvios del alma griega escapados por las heridas cruentas de la gran ciudad del Bósforo. Esto hacia que, anhelosa por sintetizar la idea helénica con la idea latina, no se curase mucho de la ortodoxia y siguiese sin darse cuenta de ello una especie de

religion medio oriental y medio occidental, término medio entre el patriarcado y el pontificado, cuya forma externa se halla en aquella iglesia de San Marcos guardada por los caballos de las cuádrigas atenienses, revestida de mosaicos bizantinos, con los despojos de los templos paganos por todos sus rincones y sobre sus sienes las rotondas copiadas de la veneranda é inmortal Santa Sofia. Region así no estaba muy dispuesta, no, á ser como una gran resistencia en el combate heróico entre la antigua estabilidad y la moderna revolucion.

Así, en el seno de Roma, ciudadanos idos de Venecia como Contarini ó idos como Giberti de Florencia, formaban asociaciones religiosas, en la forma no hostiles á Roma, pero en el fondo paralelas al protestantismo. Dispersos los artistas, acabada la religion de la belleza con los últimos arreboles del arte perfecto, entristecida Roma como la Jerusalem de Jeremías, muerta Florencia como la Atenas de Queronea, cerrados los ciclos del Renacimiento, volvíanse las almas al seno de la religion donde nacen los consuelos eternos cuando acaban las esperanzas terrestres y se explayan y se esparcen las almas sobrecogidas por la desesperacion allá en las grandes crisis sociales. Las soluciones impuestas naturalmente á espíritus de tal grandor dimanaban del alma de aquel, que abrasado en la hoguera y reducido á cenizas, aun vivia como Cristo en sus apóstoles y sucesores; las soluciones dimanaban, pues, del alma de Savonarola. Veian las altas inteligencias con vision clarísima cuánto se habia malogrado en el mundo con malograrse la idea de Savonarola y cuántos horrores habian venido sobre el mundo con abrirse el disentimiento irremediable y tristísimo entre el espíritu moderno y la Iglesia histórica. Movidos por tal modo de pensar, no hay para qué decir cómo aquellos hombres, últimos restos del helenismo florentino y veneciano, pugnarian por traer segura inteligencia entre la revolucion y la Iglesia. No se daban cuenta ni razon de toda la trascendencia que al dogma tenian sus asociaciones y en realidad transformaban el intransigente sentido de la Iglesia oficial y la iban poco á poco aproximando á una conciliacion. Sea de esto lo que quiera, cuando el espíritu humano siente ciertas necesidades, encuentra medio de satisfacerlas, y cuando siente ciertas irresistibles aspiraciones, encuentra medios de cumplirlas. Existia lo mismo en la Iglesia ortodoxa que en la Iglesia reformada, una corriente de aproximacion, de inteligencia y de concordia, la cual



había de manifestarse por fuerza en varias asociaciones fundamentales hijas de estas incontrastables tendencias. En Alemania, por ejemplo, los amigos y discípulos de Melancton aspiraban á un protestantismo cuasi católico, y en Italia, los amigos y discípulos de Contarini aspiraban á un catolicismo cuasi protestante. Inteligencias no solo sin comunicacion, en abierto disentiendo, señalaban las mismas horas en el reloj de los tiempos, las mismas ideas en el seno de los entendimientos, á guisa de las armonías preestablecidas que ciertos filósofos han ideado para explicar las relaciones del alma con el cuerpo. Era, pues, difícil, que tanto en el Catolicismo como en el Protestantismo dejase de advertirse la fuerza é impetuosidad de esta corriente.

¿Qué idea flotaba en todas estas asociaciones de pensadores? Pues la idea que flotaba, era la idea de la justificación del individuo por la venida y muerte del Redentor. Semejante idea, que hoy solo tiene un carácter teológico, revestía entonces un gran carácter social. Embargado el cristiano por los recuerdos de su próxima culpa y temeroso á las penas del eterno castigo, si caía en la cuenta de que bastaba el sacrificio de Cristo para su propia redención personal, prescindía por completo de los ex-votos, de las penitencias, de las ofrendas, de las dádivas á la Iglesia que perdía el ministerio de intérprete de la verdad divina y de mediadora entre la tierra y el cielo, entre Cristo y los hombres.

Tachaban todos los reformadores, aun los mas católicos, al Pontificado por sus tendencias políticas de haber perdido la relacion espiritual de las almas entre sí, la relacion tambien de las almas con Dios. En su endiosamiento, en la apoteosis de que se hallaba circuido, en la nube de incienso en que vagaba, el Pontífice había concluido por eclipsar con su propia personalidad la divina personalidad de Cristo. Su ministerio de Rey, el peso de su corona temporal, las naturales tentaciones de agrandar la propia familia estableciéndola en tronos desgajados del grande árbol de la Iglesia ó producidos por la sombra vivificante de la tiara; toda esta parte material y tangible de su ministerio histórico hacia que descuidase el ministerio religioso, y viniese naturalmente á enmendar este descuido, la trasformacion de cada individuo en sacerdote por la lectura continua de la Biblia y la extension del dogma de la gracia eficaz, en cuya virtud solo se necesitaba la redención de Cristo para

la eterna salud del hombre, y no la penitencia, y no la misa, y no las ofrendas, pues ningun poder igual ni parecido al poder redentor de la gracia divina y de la divina palabra. Hé aquí la idea capital que flotaba sobre las asociaciones científico-religiosas de Italia cada vez mas próximas á las Iglesias de Alemania.

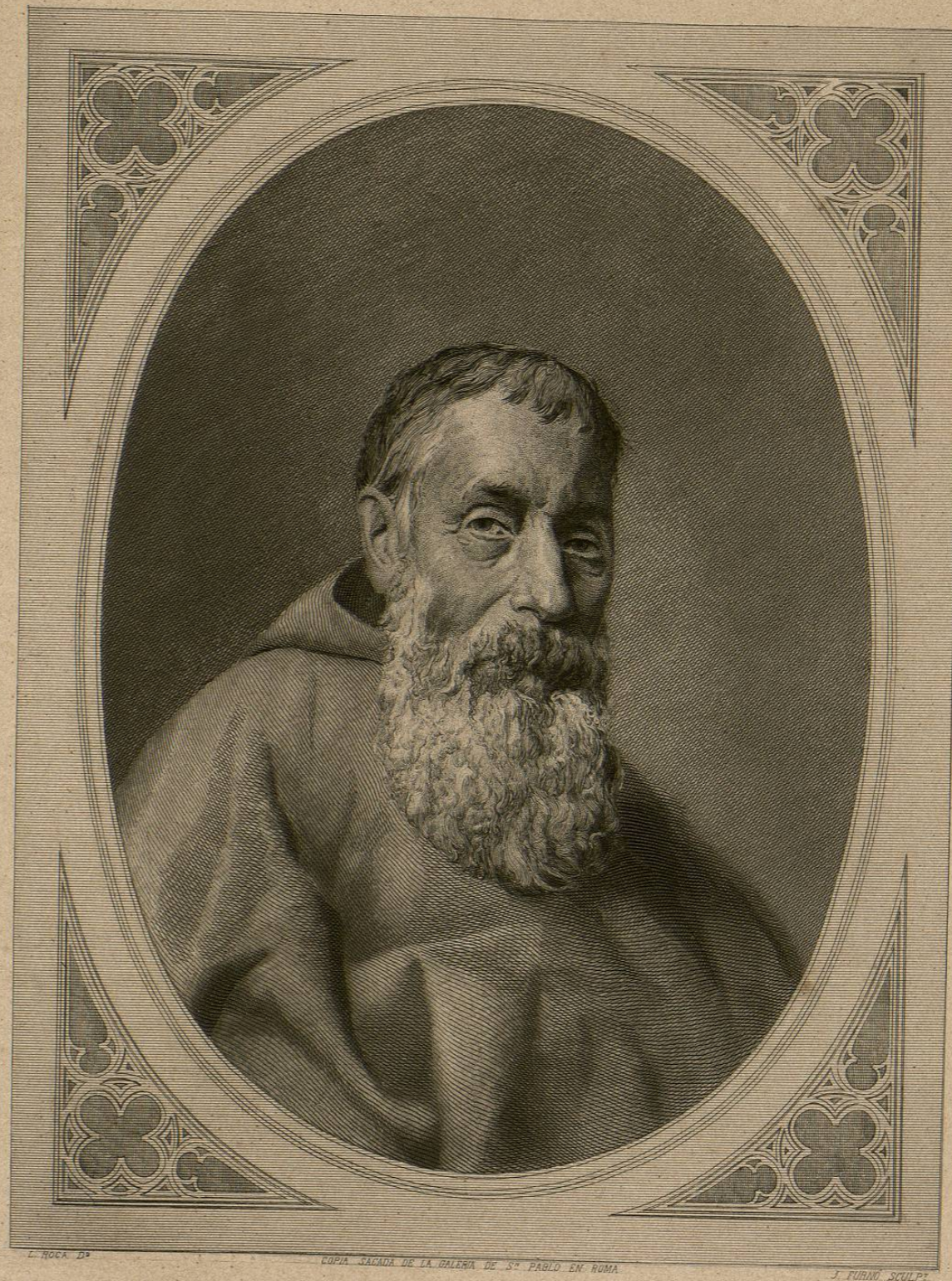
Sadoletto en Roma, Valdés en Nápoles, Morone en Parma, Paleario en Siena, Rollo en Bolonia, fray Antonio en Volterra, demuestran que la causa de la revolucion religiosa tenia en Italia los hombres mas virtuosos y eminentes. En la misma familia de los Colonnas, tan ligada con la historia y las instituciones pontificias, iba penetrando por misteriosa suerte la nueva idea religiosa. La célebre Julia Gonzaga, cuya belleza todavía se conserva como un celeste reflejo en la historia y en el arte, participaba del nuevo espíritu y sostenía la gracia eficiente de la salvacion humana por virtud tan solo de los méritos de Cristo. Los partidarios exagerados de una y otra escuela, suelen negar las mutuas y frecuentes conversiones de entonces del Catolicismo al Protestantismo y del Protestantismo al Catolicismo. Pero, entre todas aquellas almas, descuella el alma ilustre de Victoria Colonna, en quien se unía á las inspiraciones del sentimiento los principios de la ciencia. Como Hipatia en el siglo quinto, como Beatriz en el siglo décimotercio, como Laura en el siglo décimocuarto, Victoria Colonna en el siglo décimosexto preside á la trasformacion de los espíritus é ilumina las almas de los poetas. Tal como la tradicion nos la ofrece, parécese á una de esas vírgenes de Miguel Angel, semejantes á las antiguas Sabinas, en cuyo seno se engendró el pueblo-rey, colosales y varoniles, sin que por eso pierdan ni la gracia ni la delicadeza, ni la hermosura de su sexo. Aquel titánico cenobita, desposado con la musa de las artes plásticas; sin mas amor que el amor casto y platónico de la idealidad metafísica; Miguel Angel, compuso versos á Victoria Colonna y murió absorto en la contemplacion de su faz y en el culto á su recuerdo. Viuda de nuestro gran general Pescara, viuda de aquel que nos trajo el triunfo inmarcesible de Pavía, pasó la viudez en contemplaciones religiosas, que daban por resultado la devocion desinteresadísima y constante á un culto puro y nacido de lo mas hondo del espíritu y consagrado á un Dios espiritual é invisible. Como consecuencia de todo esto, aproximábanse cada vez mas



el pensamiento de Italia y el pensamiento de Alemania á una conciliación.

En estas, subió al trono pontificio, como ya hemos dicho, Alejandro Farnesio. A varios conclaves habia asistido este hombre, al conclave que nombró á Julio II; al conclave que nombró á Adriano VI; al conclave que nombró á Leon X; al conclave que nombró á Clemente VII; y al conclave de su propio nombramiento, debido, mas que á sus méritos, á sus enfermedades. Sobre ningun Papa se han pronunciado juicios mas diversos. Mientras unos lo presentan, y entre ellos el gran historiador Rank, por su vida y por sus hechos, como el motor primero de la regeneración católica; otros lo presentan como uno de los mas vulgares ambiciosos de su siglo y como uno de los Papas mas corrompidos y nepotistas. Su nacimiento en Roma, su comunicación perpetua con los recuerdos clásicos le habian desavenido del cristianismo puro y entregádolo á la astrología y á la magia. Semejante á Clemente VII en sus indecisiones, con los labios loaba de continuo á Cárlos V, con las obras servia de continuo á Francisco I. Su corazón le llevaba por impulsos ciegos á Francia, pero los impulsos de sus ambiciones, mas poderosos á veces que sus afectos de amor y odio, le llevaban tambien á servir al Emperador y al Imperio. De aquí la misma incertidumbre del Papa Clemente VII su antecesor, la misma doblez, y mucho mayor disimulo. Sus enemigos le presentan como un Alejandro VI en lo incestuoso y le atribuyen iguales vicios é iguales debilidades. Su hija Constanza Farnesio es una Lucrecia Borgia, sin la belleza ni la poesía. Los historiadores del Vaticano, que tanto se asemejan á los historiadores de la decadencia bizantina, suelen atribuirle incestos con su hermana y hasta con su hija; pero estas son calumnias corrientes en las secretarías de aquellos que mayor interés debian mostrar por el crédito y la autoridad de los Papas.

El mal mayor de Paulo III, el defecto capital de su vida consistia en el amor desordenado á su familia y en el deseo inmoderadísimo de ceñir á sus sienas coronas deslumbrantes y poner bajo sus piés tronos elevadísimos. A medida que la revolución espiritual se agravaba y extendía en las conciencias á nombre de una renovación necesaria del alma, los manejos políticos de los Papas, tocados de un sentimiento materialista y utilitario, verdaderamente



*Paulo III*